

LA CONVERSION DE PATRICIA HEARST

Hace dos meses, esta muchacha era la dulce Patty, heredera de una inmensa fortuna y de un nombre todopoderoso, el de los Hearst; ahora es la guerrillera Tania, del Ejército Simbiótico de Liberación. Hace unos días era una víctima. Secuestrada por un grupo de revolucionarios multirraciales con símbolos aterradores y novelescos —¡la cobra de siete cabezas!—, su frágil y querida vida estaba en peligro. Una muchacha de veinte años en manos de asesinos, de criminales convictos. Ejemplo de lo más odioso para su sociedad: una joven víctima femenina utilizada para extorsionar a sus padres. La

muchacha independiente, pero sin renegar de su clase social ni de la riqueza paterna y dinástica: prefería vivir sola —esto es, con su novio—; a los diecisiete años había tenido relaciones íntimas con uno de sus profesores y quizá había hecho alguna incursión suave por la ruta de las drogas. No era exageradamente bonita, pero sí atractiva. Sus violaciones de las normas puritanas de la castidad son de las que se admiten fácilmente: apenas causan una jaqueca a las madres («Esta niña me proporciona unos terribles dolores de cabeza...»); se han hecho tan comunes, que no suponen, como antes, la irradiación de la sociedad. Patricia Hearst, por lo

pidamente comenzó la operación de propaganda. El secuestro, como todo acto violento de este tipo, produce inmediatamente un antisequestro, que se realiza con independencia del drama humano del secuestrado, sus familiares y los secuestradores; la acentuación de sus rasgos brutales y odiosos por todos los medios de información y comentario para desprestigiar a sus autores y desmentir los ideales de justicia social o de razón pura que dicen tener.

En el caso de los simbióticos, el precio del rescate resultó singular: se trataba de que los padres de la secuestrada hicieran un reparto de víveres a los po-

bres. El antisequestro funcionó automáticamente: se trataba de una pretensión demagógica, y los indigentes de San Francisco hacían saber por sus portavoces oficiales que no deseaban tal ayuda, obtenida por medio del delito; más tarde, variaron su posición, diciendo que estaban dispuestos a aceptar los víveres con el único objeto de ayudar a la liberación de Patricia Hearst e impedir que fuese asesinada fríamente. El reparto se produjo: la avidez con que los beneficiarios se lanzaban sobre los paquetes —una escena vista por las televisiones de todo el mundo— parecía demostrar que su interés era más directo que el de una colaboración.

Pablo Berben

angustia de una madre explotada sin piedad...

Ahora se la ha visto, se la ha fotografiado, empuñando una carabina del Ejército y trabajando con sus presuntos secuestradores en el asalto a un Banco de San Francisco. La simple noción de delitos, y aun de revolución, se ha sobrepasado: es un terrible escándalo. Y —al margen del dolor de la familia— una gigantesca operación de propaganda y antipropaganda.

tanto, vivía con su novio —Steven Weed, de veintiséis años— cerca de la Universidad de Berkeley, donde ambos estudiaban.

El 7 de febrero, los padres fueron informados por los secuestradores de su acto. El desconocido Ejército Simbiótico saltó inmediatamente a las primeras páginas de los periódicos; aparecieron algunos nombres, algunas fichas: antiguos presidiarios, asaltantes, acusados de asesinato. Rá-



El secuestro

El suceso comenzó el 5 de febrero. Patricia Hearst fue secuestrada en su «cottage» de Berkeley por un misterioso grupo —mínimo, desconocido— que se hacía llamar Symbionese Liberation Army, o Ejército Simbiótico de Liberación. Nombre culterano y extraño: la simbiosis es la asociación íntima de organismos de diferentes especies que se asocian entre sí de forma que cada asociado —cada simbiote— obtenga el mejor provecho de la vida en común. Es un término utilizado exclusivamente en Biología, y a veces, raras, como metáfora literaria o política. En este caso podía significar un programa político. El Ejército de los simbiotes significaría la unión de elementos de razas diferentes —hay entre ellos chicanos, negros y anglosajones blancos—, de culturas diferentes, de clases sociales opuestas. Podría ser una definición de la sociedad igualitaria ideal. (Véase TRIUNFO, núm. 596.)

Patricia Hearst era una muchacha





De dulce heredera de una inmensa fortuna y de un nombre todopoderoso, el de los Hearst, magnates de la prensa norteamericana a guerrillera del Ejército Simbiótico de Liberación. De víctima de un sonado secuestro a cómplice de sus mismos secuestradores: tal ha sido la conversión —voluntaria o no— de Patricia Hearst.



Un ramo de rosas

La operación no fue admitida por el Ejército Simbiótico. Este había reducido sus pretensiones inmediatas —el reparto de víveres debía alcanzar 440 millones de dólares; lo dejaron, en un largo regateo, en seis millones—, pero se consideraba engañado: los alimentos eran de mala calidad y el reparto no había sido honesto. Se efectuaron nuevas entregas, y a partir de ellas los secuestradores permanecieron silenciosos. El antisequestro desarrolló inmediatamente la tesis de que Patricia Hearst había sido asesinada. El FBI prometió un plazo de inactividad de cuarenta

y ocho horas a partir del momento de la liberación de la muchacha para que sus secuestradores pudieran huir.

La comunicación posterior fue una nota enviada a una publicación «underground» de San Francisco, junto con un ramo de rosas: los secuestradores anunciaban que en un plazo de setenta y dos horas liberarían a Patricia Hearst. Al cumplirse el plazo, la liberación llegó de una manera insospechada: una fotografía en color de Patricia Hearst, vestida con un esquema de uniforme, blandiendo una ametralladora sobre el fondo de la cobra de siete cabezas. Y una «cassette» registrada con la voz de Patricia: «He

elegido quedarme y combatir». Esto era la liberación, puesto que ella ya actuaba por su propia voluntad.

El pequeño discurso de la ex heredera, y ahora simbiote, significa un rechazo de su vida anterior, de su padre —«un farsante, un mentiroso corporativo»—, de su madre —regente de la Universidad de California, a la que hace donativos «para mantener la opresión de la raza negra»—, de su novio —más suave, más dulce: «Ahora he cambiado, ahora soy mayor... Y el amor no significa ya para mí lo mismo que significaba»—; repudiación de la vida anterior que se simbolizaba con un segundo nacimiento, con un nuevo bautismo, como en los ritos de iniciación de las sociedades primitivas: anunciaba que había dejado de llamarse Patricia Hearst para llamarse Tania. El nombre de la compañera de «Che» Guevara, de la guerrillera de Bolivia. Acusaba de falsa, de falaz, la operación de rescate: su padre sólo había dado dos millones de dólares y había tomado los otros cuatro de la fundación Hearst: «Una vergüenza: una decepción para el pueblo, para el Ejército Simbiótico de Liberación y para mí misma».

La respuesta a este poderosísimo acto de propaganda, reproducido por todas las publicaciones, las radios y las televisiones del

mundo entero, fue la incredulidad. Sin duda, sincera la de la madre, el padre, el novio. «No lo creemos», dijeron. «Yo la he tenido durante veinte años y ellos durante sesenta días; sólo Patty, personalmente, podría convencerme de que las horribles palabras que hemos oído proceden, en verdad, de su corazón».

Operación incredulidad

La operación incredulidad se montó inmediatamente con toda clase de medios. El antisequestro funcionó mediante la hipótesis de que Patty Hearst había sido asesinada y la cinta no era más que un medio de propaganda y una manera de contener las investigaciones. Aunque Patricia Hearst aseguraba en la cinta que no había sido objeto de ninguna tortura, de ninguna amenaza, de ninguna forma de lavado de cerebro, los técnicos comenzaron a buscar. Un doctor Kroes es «experto en comunicaciones de voz», tiene un aparato llamado «Evaluador del "stress" psicológico», y encontró que la voz de la cinta mostraba un «stress» —tensión, cansancio, esfuerzo— superior «en el doble» a lo que se debía esperar de una declaración voluntaria. Según su análisis, Patty no había cambiado tanto como estaba diciendo... En la fotografía en color se podía ver el anillo de compromiso que le había regalado el novio: ello era «un mensaje» de Patty, una forma de decir que sus compromisos anteriores estaban sin cancelar. El psiquiatra Hacker, de Los Angeles, mantuvo de su análisis de la conducta de los secuestradores que estos habían asesinado ya a Patricia: esta era también la tesis de la Policía local, del FBI y de los fiscales del distrito, apoyándose en sus antiguas experiencias: el secuestrador asesina siempre a la víctima, que luego puede reconocerle y ser testigo en el juicio. El secuestro es un delito federal que lleva consigo la pena de muerte en los Estados que la mantienen o que la han restablecido.

El alcance de la operación antisequestro estaba claro: un miembro del «establishment» no hace nunca traición a su causa; un secuestrado no se pasa a sus secuestradores. Patricia Hearst no podía ser una criminal. Preferirían considerarla muerta, por el viejo dogma de «antes muerta que deshonrada».

Sin duda, la difusión amplia de ▶

La Capilla sIXtina

LA CRISIS

Me compré el libro de Bardavio a las cinco en punto de la tarde, y a las diez de la noche ya estaba leído. Hay que ver el poder de atracción que tienen los políticos españoles cuando te los retrata un fotógrafo próximo. Ha habido siempre tanta distancia entre el poder y todos los demás, que para nosotros un ministro es un ser interesadamente misterioso.

Dime el profundo misterio que a nadie confiesas.

... decía una canción de Machín de moda en los años cuarenta. Bardavio revela algunos misterios ministeriales de los protagonistas de las idas y venidas políticas que siguieron al asesinato del presidente Carrero. El autor es un prodigioso experto en salvar maromas, y las perlas informativas las disfraza de pistones en una sopa aparentemente anodina, falta de aderezo. Pero el lector, de pronto, nota que muerde algo de consistencia distinta. Mete los dedos en la boca y... ¿qué sale?: una perla. Una perla auténtica.

Ahí está como muestra ese didlogo entre Fernández-Miranda y Fernández de la Mora sobre corrección de estilo, o lo desahogadamente que se movía el señor Sánchez Covisa y sus guerrilleros ante las mismísimas barbas del poder, o la operación de cirugía estético-informativa que López Rodó realizó con Arias Navarro de cara al exterior, o las gestas de don Julio Rodríguez cuando le lanzó una indirecta de derechas al mismísimo cardinal primado, o ciertas valoraciones sobre la rigidez de corsé autovalorativo con que se mueve don Gonzalo Fernández de la Mora, o el marqués de Villaverde riñéndole a don Fernando Lladán, por entonces ministro de Información y Turismo.

Cualquier día de éstos telefoneo a Bardavio, y, de colega a colega, le digo: "Vamos, Joaquín, ahora cuéntame las dos mil páginas que podías haber escrito y no has escrito. Complétame el collar de perlas, no seas roñoso". Por ejemplo, le pediría que me diera algunos detalles más sobre la conversación sostenida por el teniente general Iniesta Cano y el almirante Pita da Veiga. De todas maneras, el libro tiene unas líneas deliciosas destinadas a contarnos el error protocolario a que dio lugar el cardenal Tarancón cuando empezó a dar la mano a todo el mundo durante las honras fúnebres del almirante Carrero. Es una escena del mejor René Clair.

Es un libro escrito con pies y manos de plomo. Parece como si Bardavio marcara mucho los silencios entre frase y frase. Como si las pensara mucho o como si quisiera que el lector tuviera mucho tiempo para pensarlas e imaginar lo que podía haber habido en tanto punto y aparte. Me ha dejado entusiasmado este nuevo tipo de lecturas. Me he comprado el libro de Borrás, publicado por Planeta, también sobre el atentado a Carrero. Aún no he entrado demasiado en él y no puedo adelantar un juicio. Espero casi con fiebre la obra del ex ministro don Julio Rodríguez. Creo que en cuanto la vea publicada me va a dar algo.

Y no hemos hecho más que empezar. En cuanto esta herida política cicatrice, va a dar lugar a mucha más literatura. Si gracias a Bardavio hemos conseguido conocer nueve o diez de los dos mil aspectos fundamentales de aquella crisis, y gracias a Borrás y Rodríguez lleguemos a conocer quince o veinte más, podemos adelantar, casi sin margen de error, que antes del año dos mil sabremos un cincuenta por ciento de toda la verdad. Verdadero record en el techo español al uso. ■

SIXTO CAMARA

PATRICIA HEARST

estas tesis —Patricia, obligada a hacer su declaración; Patricia, asesinada— es la que ha movido al Ejército Simbiótico a la segunda operación: el asalto al Banco. El asalto al Banco de San Francisco por un grupo simbiótico en el que figuraba Patricia Hearst, ahora Tania, parecía preparado para la propaganda. El Banco Hibernia tiene cámaras automáticas para fotografiar a los posibles ladrones y asaltantes: se sabe, porque han servido en otras ocasiones y no están ocultas. Los simbióticos podían haber disparado fácilmente contra ellas desde el momento en que entraron en el Banco, o en cualquier momento posterior: destrozándolas, borran las identificaciones. No sólo no lo hicieron así, sino que parecen pasearse deliberadamente por delante de los objetivos. De una manera especial, Patricia. El grupo estaba compuesto por cuatro mujeres y cinco hombres: cuatro se quedaron en el exterior, vigilando la entrada, y los otros cinco robaron poco más de diez mil dólares. Según los testigos, todos se dirigían insistentemente a una de las muchachas por el nombre de Tania: fue el único nombre propio que se pronunció en toda la operación.

Los compañeros

Sin embargo, otras personas han sido reconocidas en la película por los expertos de la Policía —además, desde luego, de Patricia Hearst, sin ningún lugar a dudas—. Se trata de Donald Defreeze, «cerebro» de la organización, rebautizado con el nombre de Cinque (el de un jefe negro africano), escapado hace algún tiempo de presidio; Nancy Ling Perry, de veintisiete años, autora de un folleto en el que se explican los objetivos políticos y sociales del Ejército Simbiótico de Liberación; Patricia Michell Soltysik, de veinticuatro años, llamada Mizmoon, conocida como uno de los dirigentes de la organización, y Camila Cristina Hall, de veintinueve años, amiga íntima de Mizmoon, antigua asistente social. Sobre estas identificaciones, el fiscal del distrito ha lanzado cuatro órdenes de detención por asalto a mano armada, y una quinta orden de detención por testimonio importante. Es la de Patricia Hearst.

¿Por qué esta distinción? Porque se trata, una vez más, de separar a Patricia la heredera, a Patricia de la buena sociedad, a Patricia de la dinastía Hearst, de esta hez de la sociedad.

No parece fácil en esta ocasión. Sin embargo, se están analizando las fotografías y las películas con la intención de hallar algo o algún «mensaje». ¿No sucede en ellas que la muchacha

está siempre apuntada por el arma de alguno de sus supuestos compañeros? ¿O es un efecto óptico? ¿Se puede determinar en estos documentos la línea de tiro de cada una de las armas? ¿Han observado los testigos algún movimiento especial, sospechoso, en la muchacha que llamaban Tania? Este es el sentido de las investigaciones.

Más las opiniones, naturalmente. Policías, agentes especiales y fiscales, tan propensos siempre a encontrar indicios de culpabilidad, los buscan de inocencia en el caso de Tania-Patricia. La experiencia, que les valló para asegurar que la chica debía estar asesinada, puesto que nunca un secuestrador deja viva a su víctima, les sirve para asegurar ahora que no puede ser que colabore con sus secuestradores: «Es la primera vez en los anales de la historia legal que la víctima de un secuestro ha sido vista durante el atraco a un Banco», dice el fiscal de los Estados Unidos James L. Browning. El agente del FBI Charles Bates es circunspecto: «No descartamos la posibilidad de que la muchacha participase por su propia voluntad. Por otra parte, hay evidencias de que no fue así». El fiscal insiste: «La falta de pruebas concluyentes nos permite suponer que miss Hearst ha actuado bajo la amenaza o, al menos, bajo la coacción». No se descarta tampoco la posibilidad de que la muchacha no fuese realmente Patricia Hearst, sino otra disfrazada, maquiada, arreglada como si fuese ella. Y en ese caso, la tranquilidad volvería: Patricia habría sido asesinada.

¿Y si no fuese así? ¿Y si llegase a haber pruebas concluyentes irrefutables de la conversión al terrorismo y al simbiotismo de Patricia Hearst? Se hablaría entonces de los métodos de persuasión: drogas, sistemas chinos, reflejos condicionados. O la más novelesca tesis de que Patricia actúa así para salvar la vida de su novio, amenazada por los secuestradores...

La naturaleza imita al arte —decía Wilde—, y la realidad imita la novela. Lo novelesco. Personajes arrancados de novelas de aventuras románticas son los simbioteses; personaje misterioso es Patricia-Tania; personajes novelescos, representantes de una gran novela, son los policías, los fiscales, los periodistas que especulan sobre este tema.

Y sobre la trama real, más las tramas imaginarias, queda visible este esqueleto de las operaciones de propaganda y contrapropaganda, tan típicas de nuestro tiempo. Terroristas y aterrados se funden en un solo personaje que atenaza las formas de vida de esta época en muchos países. ■ P. B.